con el otro. *Peyrussel* quita á esta frase toda su importancia, refiriendo la manera original en que Besson le pidió en matrimonio su hija Rosita:

—Tengo una viña lindante con las de las señoras de Chamblas. Besson fué al lagar, y las mujeres me dijeron: «¿No conoceis á ese mozo?—No, contesté; es nuevo para mí.—Es el novio de vuestra Rosita.—¡Oh! ¡oh! dije, si hay que dárosla, se os dará; pero es preciso que nos conozcamos.—Sí, dijo Besson, nos conoceremos; pero que me la deis ó no, será lo mismo; la poseeré. *Haré como otro*.» Esto queria decir que haria suplir mi consentimiento judicialmente. Entonces le dije: «Rosita no es para vos. Idos al diablo; no es asi como se pide á las muchachas.»

Luego llegaron los testigos de la *coartada*, testigos *de vista*, testigos de oidas; á los siete que ya se conocen, los abates *Cartal* y *Drouet*, sus criadas *Mariana Roux* y *Mariana Gibert*, la *Bariol*, el sastre *Sejalon*, y la *Santos Fabre*, fueron á agregarse: 1.° un alguacil, *M. Bonnet*, á quien el 2 de setiembre dijo la Santos Fabre que en la noche anterior, entre siete y ocho, habia visto á Besson comer unas sopas en casa de Puy; 2.° *Antonio Vigoureux*, labrador, que á las siete y media habia visto al acusado *muy plantado* delante de la puerta de la casa; 3.° *Estéban Laurent*, portero del Seminario, que recibió esta confidencia en la época del primer proceso; 5.° *María Bobé*, encajera, que el 1.° de setiembre, á la caida de la tarde vió á Besson delante de la casa del cura y le habló; 6.° *Victoria Portal*, labandera, que le vió tambien á las seis y media.

¡Cosa singular! ninguno de los nuevos testigos de la coartada pudo dar un motivo aceptable del prolongado silencio que habian guardado acerca de un hecho tan grave; todos variaron en los pormenores que dieron acerca de la actitud y traje de Besson. Una mujer llamada *Paris*, fué con la sonrisa en los labios á acusar al sargento Faure de haber escitado á los mendigos á mentir, y añadió que toda la ciudad de Puy decia que se buscaban testigos falsos contra Besson. *El procurador general* se indignó por aquella actitud tan poco conveniente y por aquellos asertos tan increibles. «Puesto que toda la ciudad decia eso, os intimo que nombreis una sola persona que lo haya dicho.»

La declarante guardó silencio.

En aquel momento introdujeron un nuevo testigo de la coartada, *Rosa Gauthier*. *M. Lachaud* declaró que renunciaba á que se oyese á aquel testigo que residia en Clermont-Ferrand, y que habria sido citado por error. El testigo se retiró, pero un alguacil de servicio se adelantó y declaró que aquella mujer, Rosa Gauthier, le habia enseñado una declaracion escrita que se proponia entregar al señor presidente, en el caso de que el estado de su salud no le permitiese declarar. Aquella declaracion escrita era en favor de la coartada. ¿Por qué se renunciaba á ella? Volvieron á llamar á *Rosa Gauthier*, quien en efecto se hallaba muy enfermiza, y declaró que el 1.° de setiembre, á puestas del sol, vió á Besson sentado en un banco á la puerta de la casa de las señoras de Chamblas, y que parecia estar muy enfermo,

El presidente: ¿Y renunciais á ese testigo?

M. Lachaud se apresuró á decir:—¡Era un error! Será uno de nuestros testigos, y damos gracias al señor procurador general por haberle hecho comparecer de nuevo.

Se invitó á la testigo *Rosa Gauthier* á que enseñase su declaracion escrita y á que probase trazando por sí misma algunas palabras, que en efecto era ella quien habia escrito la declaracion dada de antemano. Se hizo la prueba, y resultó que la letra del papel era efectivamente la de la declarante.

El presidente: ¿Qué circunstancia os recordó la hora en que vísteis á Besson?

Rosa Gauthier: La puesta del Sol.

Por último, un tal *Luis Marcelo Vigoureux*, hermano del otro, vió á Besson delante de su portal en el dia en que se dió el golpe. El martes, 1.° de setiembre, estaba muy plantado con mi hermano, y conversaban juntos. Me acerqué; decia que le dolian los piés, que parecia que tenia clavos hincados en las plantas de ellos.

P. ¿Cómo sabeis que era el 1.° de setiembre?

R. Porque á las ocho de la mañana siguiente, cuando íbamos á desayunar, nos participaron la desgracia. Mi hermano dijo: «No es Besson quien ha dado el golpe, como se sospecha; le vimos ayer á la caida de la tarde. ¡Qué diablo! no tenia alas para ir á Chamblas.»

¡Otra declaracion nueva!

El presidente: ¿Por qué no habeis dicho eso á nadie, todavía?

—Sí por cierto, lo digimos, hablamos de ello en el Seminario al ir á trabajar allí.

El presidente: Es muy raro que no hayais hablado de ello á la justicia, y que habiendo sido conocida esa circunstancia en el Seminario, nadie haya informado á los magistrados.

Estas declaraciones diferentes pareció que modificaban algun tanto los debates, y el semblaute sombrío de Besson se despejó por un momento. Las facciones inteligentes de Arzac reflejaron ese rayo de esperanza, aumentándolo. Una frase del sargento *Faure* dió nuevo alimento á esta confianza. El sargento de gendarmería, interrogado acerca de Margarita Maurin, contestó:—En cuanto á Margarita, la verdad, por mi parte no tendria gran confianza en ella. ¿Qué quereis? esa es mi opinion. Nada sé acerca de su moralidad: lo único que puedo decir, es que charlaba tanto, tanto, que me es imposible creer que haya dicho siempre la verdad.

Arzac, dando un gran suspiro: ¡Ah! ¡lo veis!

El carácter jactancioso y audaz del jóven pastor se revela claramente despues de estos incidentes que cree tan favorables á su causa definitivamente juzgada. No quiere tolerar ya que los gendarmes le hagan estar sentado; se revela, se agita entre sus manos, y esclama, con una profusion de alegría apasionada:—¡Ah! decís vosotros, gentes de desgracia, que no soy un hombre de bien! ¡Que me conduzcan delante del enemigo! ¡se verá si soy un buen hombre, un buen francés! ¡No soy un ladron ni un asesino!

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación